López Facal, Javier:
Breve historia cultural de los nacionalismos europeos
Los Libros de la Catarata, Madrid, 2013, 224 pp.

I

El nacionalismo es, quizá, la única de las grandes ideologías políticas que, en el tránsito del siglo XX al XXI, no ha sucumbido a la convulsión revolucionaria de la posmodernidad. Un fenómeno que no deja de resultar paradójico, dada la naturaleza globalizadora y globalizante de la posmodernidad, frente al hermético tradicionalismo del nacionalismo, lo que acrecienta el interés por una filosofía política que, lejos de sucumbir a la globalización, se fortalece en ella.

Su baluarte conceptual se encuentra definido por dos vectores, tradición e identidad, que le han permitido sobrevivir y prosperar como ideología mientras el fascismo y el comunismo, como sistemas totalitarios, y el capitalismo, como modelo económico, iban sucumbiendo a lo largo del siglo XX, demostrando un atractivo político-intelectual que no sucumbe a la evolución social.

Denostado y mitificado, no necesariamente a partes iguales, el nacionalismo encuentra abundantes partidarios y detractores entre quienes lo conciben como sinónimo de progreso y libertad, frente a quienes lo entienden como una nueva forma de totalitarismo que fracciona Estados en base a un etéreo concepto étnico construido bajo un concepto aún más etéreo de nación histórica.

Así pues, ¿Qué es el nacionalismo? ¿Cuál es su origen? Estas y otras preguntas son respondidas en el libro *Breve historia cultural de los nacionalismos europeos*. El autor, Javier López Facal, Doctor en Filología Griega y profesor de investigación del CSIC, es un conocido divulgador que, desde el rigor, y una cáustica dosis de humor, en ocasiones irreverente, desbroza la mitología del nacionalismo desde sus orígenes, desde sus fundamentos, ahondando en su génesis, explicando así su no tan compleja y ancestral naturaleza. Todo ello,

★ Doctor Europeo en Derecho.

desde el uso prolijo de una completa bibliografía que clarifica y amplía los temas expuestos, contribuyendo así a profundizar en el conocimiento de un tema tan controvertido como apasionante.

II

El autor comienza recordando la etimología del término «nacionalismo», atribuido al filósofo alemán Herder, en el siglo XIX, aunque sus primeros referentes serían, en el siglo XVIII, las Revoluciones Norteamericana y Francesa. Revoluciones que, posteriormente, y en el ocaso de los imperios europeos, se extenderían por todo el orbe, especialmente en África e Hispanoamérica, fructificando gracias al soporte ideológico e identitario del nacionalismo.

López Facal se centra en Europa, epicentro de la filosofía histórica del nacionalismo, y molde de su identidad común, comenzando por Escocia, a quien otorga la *primogenitura de la invención de la nación*, en palabras del autor, desmontando, uno por uno, todos y cada de los mitos sobre los que se ha construido la argamasa diferencial del pueblo escocés.

Así, en primer lugar, el autor recuerda que la creación de Gran Bretaña, en 1707, tras la unión de los reinos de Escocia e Inglaterra no fue fruto de la imposición inglesa o de la derrota en la guerra, sino fruto de algo más crematístico y menos espiritual o heroico: la bancarrota de Escocia. Una bancarrota que tiene su origen en el fracasado periplo colonial escocés en el istmo de Panamá, la expedición del *Darien Scheme*, que hundió la economía escocesa, lo que propició un acercamiento del país a Inglaterra, su *Old enemy*, para garantizar, mediante el pacto, la supervivencia del viejo reino gaélico.

Solo entonces, ante el sentimiento de pérdida de independencia, «*en las décadas siguientes comenzaron a crearse en Escocia una serie de hechos diferenciales para reforzar su scottishness frente a sus vecinos del sur*». Surgió así el *kilt*, la falda escocesa, que no nació ni en época romana ni en Escocia, sino en 1727 en Inglaterra, aunque el mayor éxito del nacionalismo escocés y su mayor contribución a los nacionalismos europeos fue sin duda, para el autor, «*el celtismo osiánico y el medievalismo evocado o suspirado*». Es decir, la construcción de una épica mitológica celta por parte de un autor, James Mcpherson, que no solo recogió la tradición oral existente, sino que se inventó, a partir de ésta, una nueva, que triunfó en Europa y se extendió por un gran número de países europeos.

Tras Escocia, es Alemania, la Alemania de Herder, Goethe y Fichte, quien contribuirá a perfilar y potenciar la ideología nacionalista en un pueblo que, pese a ser una nación cultural, desde un punto de vista político estaba fraccionada en una miríada de reinos, principados, grandes ducados, ducados y ciudades libres. Alemania, tierra de conquista, buscó en la época romana, en la *Germania* de Tácito, sus orígenes políticos como nación, germinando en el siglo XIX fruto del impulso de filósofos como Fichte y sus *Discursos a la Nación Alemana* y, en el ámbito cultural, Wagner. Un nacionalismo, en definitiva, cuyas resonancias épicas, que se fortalecieron con la derrota de Napoleón III

y la constitución del I Imperio Alemán en 1871, desembocarían en la Primera y Segunda Guerra Mundiales, para desaparecer después, en gran medida, entre los escombros del III Reich.

Otros nacionalismos, como el inglés, el francés, el italiano, el griego, el belga, el rumano o el búlgaro, son también analizados por el autor en sus orígenes y fundamentación, destacando el carácter burgués del británico y el francés como resultado de la Revolución, no siendo fenómenos «victimistas», al común uso de los nacionalismos.

El italiano, por su parte, tiene mucho más en común con el alemán, resultado de un proceso tardío de unificación de múltiples realidades estatales pre-existentes, y a menudo cambiantes, en las que el predominio de otros países sobre el *bel paese*, particularmente tras la ocupación napoleónica, acrecentó el sentimiento «nacional» y en el que, al igual que en Alemania, ocupó un lugar central la cultura, entre las que destacó Verdi. Como resalta el autor, explicando el *Risorgimento*, «*La Italia de la época de Verdi se estaba construyendo ex novo, de acuerdo con los vientos que soplaban por aquellos tiempos y no reconstruyendo, ni risorgendo, porque a lo largo de la historia no había existido nunca un ente político que englobase a las gentes que habitaban la península que se extiende al sur de los Alpes y a algunas de sus islas vecinas*». En la práctica, como es conocido y resalta el autor, «*en realidad se trató de una conquista, por la fuerza de las armas, que una monarquía reaccionaria, la piemontesa, no mucho más esclarecida que los otros reinos de la península, hizo a expensas de estos*».

Con respecto a los nacionalismos griego, rumano y búlgaro, destaca en primer lugar la mitificación de la lucha griega, gracias, entre otros, a Lord Byron, y de amplia resonancia europea, que pretendió enlazar la Grecia helénica con la del XIX, a través de la lucha de sus «patriotas», contra el enemigo de la libertad otomano. Rumanía, por otro lado, destaca como «invención», «*a partir también del derrumbe del Imperio otomano y del mito de los antiguos dacios*», mientras que Bulgaria tiene un origen similar como nación al de Grecia, aunque en este caso su argamasa fue el papel desempeñado por la iglesia ortodoxa búlgara.

Bélgica e Islandia concluyen el somero repaso del autor por el origen de las naciones y los nacionalismos europeos. El caso belga es una construcción política efectuada en el Congreso de Londres de 1831, muy artificiosa, como se percibe con claridad en los no tan artificiosos problemas políticos entre las comunidades flamenca y valona, que provienen del XIX, y que no solo traen causa, entre otras razones, de la opresión de la comunidad valona sobre la flamenca tiempo atrás, sino, más bien, de la construcción artificial de un Estado con escasos elementos comunes, ni siquiera históricos, entre sus comunidades. El caso islandés, por último, es destacado por el autor como «*una especie de modelo de laboratorio del Estado-nación perfecto: homogéneo racial y lingüísticamente, prácticamente sin un solo maketo, igualitario, con ancestrales tradiciones y, encima, rodeado de un mar*».

Merece la pena resaltar, pese a no constituir, en puridad, el caso de un nacionalismo al uso, el del Estado de Israel como un ejemplo, también, de creación artificial de un Estado. Para el autor, el sionismo y, sobre todo, la diás-

pora y su consecuencia inversa, la *aliyá* o retorno a Israel, se gestó «a finales del siglo XIX en el entorno cultural alemán y alimentado de todos los mitos del nacionalismo alemán, inventó una nación y creó la necesidad de “regresar” al solar supuestamente patrio».

Después de este análisis, el autor se adentra en España, estudiando el nacionalismo español desde sus orígenes, resaltando la mitificación religiosa en su configuración, especialmente durante la Reconquista, para concluir en la Guerra de la Independencia, que no fue sino, para el autor, una revolución, pero que «sería reinterpretada como un episodio más de la secular lucha de los “españoles” contra el invasor, sea este romano o musulmán, y sería elevada a la categoría de mito sagrado de aquel Estado en formación: convertir el Dos de Mayo en fiesta nacional era, pues, obligado. El nacionalismo español, como todos los demás, se ha basado en el mito de una España eterna cuyos belicosos habitantes habrían defendido heroicamente su independencia siglo tras siglo».

El nacionalismo catalán, por su parte, tiene un padre putativo llamado Rafael Casanova quien, todos los 11 de septiembre, es objeto de recordatorio y conmemoración, por su papel en el sitio de Barcelona en 1714 por las tropas borbónicas. Sin embargo, y como recuerda el autor, «Casanova creía y confesaba luchar per la llibertat de tota Espanya».

El vasco, por su parte, tiene otro aún más conocido, Sabino Arana, pese a que en su historia no hay nada de mítico, y sí mucho de construcción intelectual, nacida de varios factores, entre los que destaca el resentimiento tras las derrotas carlistas en la segunda mitad del siglo XIX, y un muy marcado racismo. En cualquier caso, a él cabe atribuir, como recuerda el autor, «la *ikurriña*, el nombre de *Euzkadi*, el PNV y casi todos los mitos fundacionales».

Por último, el nacionalismo gallego, de marcado carácter cultural, como explica el autor, cobra carta de naturaleza con Manuel Murguía y Rosalía de Castro, destacando en su fortalecimiento la emigración gallega.

En conclusión, los nacionalismos catalán, vasco y gallego presentan tres esferas distintas del nacionalismo, compartiendo pocos elementos en común, ya que en el primero predominan los aspectos económicos, en el segundo los étnicos o raciales y en el tercero los factores culturales.

A continuación, López Facal se adentra en la complejidad de la construcción de la idiosincrasia de los países, situando en el centro de este fenómeno a las clases populares, particularmente a los campesinos, quienes atesoraban «lo más auténticamente genuino de la nación», en palabras del autor. Tras ello, se esconde, «un rechazo no siempre explícito al maquinismo, a la industrialización, a la emigración campesina del campo a las ciudades, a las chimeneas y galpones que ensucian y afean el paisaje, es decir, un rechazo a la modernidad industrial».

Elementos tan típicos de España, como los trajes de flamenca en Andalucía, son desmontados, —como el caso escocés con el *kilt*—, recordando su origen no tan remoto. Los trajes de flamenca, por ejemplo, «empezaron a ser llevados por payas sevillanas muy a finales del siglo XIX y son ya de rigor para asistir a la Feria de Sevilla solo desde 1929, año en el que se celebraron la Exposición Universal de Barcelona y la Iberoamericana de Sevilla, al amparo de las cuales se crearon o reforzaron no pocas tradiciones que hoy son tenidas por inmemoriales».

La poesía y el teatro también ocuparon un lugar esencial en la construcción identitaria de las naciones y los Estados. El teatro, por ejemplo, ocupó un lugar central, ya que hizo populares obras de hondo calado político, como las de Schiller y Wagner.

En todo este proceso de forja nacional de Estados, ocuparon un lugar capital los historiadores, historiadores nacionalistas, que *«presentaban como sinónimos “lo antiguo” y “lo nacional” y un inmenso afán los empujaba a construir su relato a base de resaltar incidentes más o menos verdaderos, pero escasamente relevantes en su tiempo; a omitir hechos incómodos o que casaban mal con el nacionalismo arrollador y, en muchas ocasiones, a inventar de la nada detalles “históricos” no documentados, pero tampoco fácilmente refutables»*, en palabras de López Facal.

En España, destacó Modesto Lafuente, aunque su «castellanocentrismo» chocó con algunas regiones, como la catalana, que empezaron a construir relatos alternativos de la Historia de España, propiciando el surgimiento de sus «historias nacionales».

En todo este proceso ocuparon también un lugar central, como ahora, las llamadas «lenguas nacionales», en un fenómeno común a todas las naciones europeas, *«con el fin de dar carácter nacional a la lengua más extendida entre varias existentes, o a la hablada por la clase alta en la capital y sus alrededores»*.

Destacaron en este proceso de «construcción lingüística» Francia, que laminó el francés rural imponiendo el *parisino* de forma pareja al triunfo de la Revolución, y que se consolidó en gran medida con la imposición del centralismo napoleónico. Italia, por su parte, no pudo comenzar hasta la segunda mitad del siglo XIX, tras la unificación, estableciendo el dialecto toscano como lengua *nacional*, aunque en gran medida, aún hoy, sea la lengua común en amplios territorios el dialecto local o regional, sin perjuicio del conocimiento del italiano *toscano*.

En España, según el autor, *«El proceso de normalización del castellano y su conversión en español fueron comparativamente precoces y se basaron tanto en la auctoritas de sus grandes escritores y gramáticos como en la potestas que le confería ser la lengua que se hablaba en la corte del reino más poblado y poderoso de la península ibérica»*, cuyo ejemplo más preclaro sería, por ejemplo, la publicación de la primera edición de la gramática de la lengua por Antonio de Nebrija a finales del siglo XV. Un fenómeno, sin embargo, solo repicado con las lenguas catalana y vasca a partir del siglo XX. En cualquier caso, y como concluye López Facal, *«los nacionalistas parecen no comprender ni aceptar que nación, Estado y lengua no tienen por qué coincidir necesariamente; es más, casi nunca ocurre esa especie de conjunción trinitaria»*.

Por último, el autor desentraña la pretendida simbología «ancestral» de los nacionalismos, demostrando, de nuevo, su origen no tan atávico. Las banderas, símbolos por antonomasia de las naciones, reales o pretendidas, no poseen en el mejor de los casos una antigüedad superior a finales del siglo XVIII y *«proceden en última instancia de los estandartes militares y se utilizaban para distinguir en los campos de batalla a los “nuestros” de los “otros”. Teniendo en cuenta que durante siglos las guerras enfrentaban a clanes, feudos o reinos, de carácter más bien dinástico o tribal, las banderas no podían tener un carácter “nacional” en el sentido del Estado-nación moderno, porque ese artefacto político no existía todavía»*.

III

Sostenía Orwell, uno de los más grandes críticos de todos los totalitarismos, que «*el nacionalismo es hambre de poder atemperada por el auto engaño*». Tras la lectura del libro, resulta difícil extraer una conclusión que no sea ésta, dada la claridad con la que el nacionalismo, como ideología y como cosmovisión histórico-política, es desmitificado por su autor, quien sitúa sus orígenes en el Romanticismo del siglo XIX, y no en épocas pretéritas.

Lo cierto es que la ceremonia de la confusión ha contribuido a potenciar, —esencialmente desde los partidarios del nacionalismo como ideología, como sustrato de Estados reales o ensoñaciones imaginarias—, una imagen desdibujada de su historia y, consecuentemente, de la historia de muchos de los países en los que se incardina.

Las viejas naciones europeas, en ese sentido, tienen una historia mucho más compleja y rica que la aparente y roma imagen de simplicidad y pretendida homogeneidad que le pretenden atribuir los «padres» de las respectivas naciones, quienes intentan definir la nación desde los postulados hegelianos del «*yo frente a los otros*», otorgando el carácter de ciudadano de una nación según criterios subjetivos y arbitrarios de carácter étnico, lingüístico o cultural.

La conclusión, como expone el propio autor, es clara: «*La nación ha desplazado a los odios tribales, a los intereses económicos, a las ambiciones territoriales, a epidemias y pandemias, a las ideas políticas salvadoras o revolucionarias, incluso al mismo Dios, en el ranking de los inventos más mortíferos de cuantos ha creado el Homo sapiens sapiens*».

En definitiva, un libro extraordinario que, con claridad pedagógica y sin descuidar el rigor, abordado con mucho humor, desentraña todas y cada una de las vertientes en las que el nacionalismo, como fenómeno político, histórico y filosófico, adquiere carta de naturaleza.